

PRELIMINARES
DE LA
DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA VERDAD CONSIDERADA EN SI MISMA, EN SUS DIFERENTES OBJETOS Y EN SUS
RELACIONES CON EL ENTENDIMIENTO HUMANO.

Dicit ei Pilatus: Quid est veritas?
Dicele Pilato: ¿Qué es la verdad?
Jesum. cap. XVIII, v. 38.

1 La primera parte de la doctrina cristiana, hermanos ó hijos carísimos, cuya explicacion pastoral pudiera comenzar aquí, tiene por objeto, como varias veces os lo he repetido, la enseñanza de las verdades que debemos creer y que se llaman por lo mismo *dogmas católicos ó artículos de la fe*. Los principales de ellos fueron recogidos en un brevisimo resumen llamado *credo*, formado por los apóstoles para mas informarnos en la fe. Podria pues dar principio desde luego á explicarnos el contenido de este símbolo sin mas antecedente que los contenidos en mis nueve instrucciones precedentes, en lo cual iria conforme con lo que se acostumbraba en otro tiempo al explicar al pueblo fiel esta parte de la doctrina. Sin embargo, como vivimos en una época llena de peligros para la fe, pues ya se encuentran muchos que han declarado á esta divina virtud una empeñada guerra, con el fin de sobreponer los pretendidos fueros de la razon á los derechos divinos de la verdad y á la autoridad soberana de la Iglesia, debemos los pastores andar muy precavidos al distribuir á nuestras ovejas el saludable alimento de la palabra evangélica, de manera que ni dejen de gustarle y nutrirse con él, ni le mezclen otro capaz de corromperle, no en sí mismo ciertamente, por ser incorruptible, pero sí en el alma. Esta consideracion, bastante fuerte sin duda, me ha obligado á detener mis pasos ántes de tocar en el primer umbral de la fe con el objeto de proporcionarnos todas

las advertencias y explicaciones que ésta demanda, para ser mejor conocida y más provechosa.

2. La fe, considerada en su objeto, es la verdad revelada; considerada en el entendimiento, es el asenso absoluto á esta verdad; pero como, además de la verdad revelada existe otra que llamamos natural por ser conocida sin mas auxilio que la luz de la naturaleza, y fuera del asenso á las divinas verdades hai otro asenso á las verdades naturales, ya porque se vean en sí mismas con la inteligencia, ya porque se las dé crédito en fuerza del testimonio ajeno; como seria muy peligroso confundir estas dos verdades y estos dos asentimientos, y muy fácil confundir unas y otros si no se tuviese conocimiento de lo que es la verdad en sí misma, en sus objetos varios, en sus orígenes diversos con respecto á su conocimiento, y en sus diferentes modos de ser en el alma, me ha parecido muy conveniente y hasta cierto punto necesario daros ante todo ciertas nociones generales acerca de la verdad considerada bajo estos puntos de vista; pues ya con ellas sabréis perfectamente cuál es el carácter de las verdades de la fe, cuál es la fuerza divina y humana del asenso que se las tributa, en qué se distinguen de las verdades naturales, y todo lo demas que conduce á derramar la luz sobre esta parte fundamental de nuestra adorable religion.

3. Cuando Jesucristo Señor nuestro fué conducido á la presencia de Pilato, este magistrado gentil, que no tenia contra su Magestad las prevenciones feroces de los judíos, entabló una conversacion en que se tocaron los puntos fundamentales acerca de la venida de Jesucristo al mundo, y en que se mostró muy claramente cómo de esta venida se hallaban pendientes los destinos de la verdad. Preguntóle si era Rei, y Jesus contestó afirmativa y terminantemente á esta pregunta general, mostrándose de facto como Rei; mas, á fin de que no se confundiesen las cosas mas diversas, fijó el carácter de su reino, manifestando que no era de este mundo. ¿Qué reino era pues el de Jesucristo? El reino de la verdad; porque el reino de la verdad es el de Dios, que es la verdad eterna, es el del cielo, es el de la justicia, que es la verdad en la lei lo mismo que en las obras, es el de la felicidad, que es la verdad en lo puro, sumo é imperecedero de los goces. Por esto Jesucristo, queriendo reducir á una breve fórmula todo lo necesario para dar á conocer el origen, el carácter, el objeto y las condiciones de su reino, dijo al magistrado gentil: "Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece á la verdad, escucha mi voz." Jesucristo, hijos míos, no podia ser mas explícito. Si habia venido á dar testimonio de la verdad, fué porque la verdad no era conocida, y porque para serlo habia menester de un testimonio divino. Si el creer á este testimonio debía ser una prueba de pertenecer á la verdad, esta no podia saberse despues acá sino por la boca de Jesucristo. Sin embargo, el magistrado gentil pasa desapercibido este concepto, y queriendo decir algo que respondiese á Jesus y representase al mismo tiempo sus convicciones y sus sentimientos, pronunció una palabra que en su género tenia una gran representacion. "¿Qué es la verdad," le dijo? *Quid est veritas?* y sin aguardar la respuesta, dejó á Jesucristo para hablar con los judíos.

4. Esta pregunta de Pilato bien entendida, es la voz de la razon humana cuando

se halla en frente de la razon divina sin conocerla. La verdad, hijos míos, tenía dos enemigos cuando Jesucristo se presentó en la tierra: las pasiones del pueblo que poseía la revelación, y las tinieblas del pueblo que no la conocía. Necesitaba por lo mismo, para triunfar de los unos y de los otros, enfrenar á los primeros con el poder soberano de su magisterio, disipar las segundas con la claridad extrínseca de su revelación. Jesucristo dió el testimonio, predicó, murió, resucitó: la fe quedó instituida y enfiló su marcha por el mundo bajo la enseña de la Cruz. Esta enseña fué vista por el dogmatismo judío, y quedó calificada de escándalo, lo fué también por la filosofía presuntuosa del gentilismo, y fué calificada de locura: el escándalo atrae el castigo, y los judíos pedían á grito herido que Jesucristo fuese crucificado; la locura excita el desprecio y la risa, si queréis pero no enciende el odio en el corazón, y Pilato, que allí representaba el racionalismo pagano, hizo dos cosas, volver á Jesus en cambio de su oráculo una pregunta irónica *quid est veritas?* y decir claramente á los judíos: "Yo no hallo culpa en este hombre."

5. Pues bien, amados hijos, tomemos aquí la pregunta de Pilato considerada como el punto de partida para la enseñanza de la fe; digamos lo que es la verdad en sí misma, lo que es la verdad en sus diversos objetos, y lo que es relativamente al conocimiento que de ella tenemos, para que, cuando llegue su turno al dogma católico, se vea cuán conciliables eran la preexistencia de la verdad natural con las convicciones que produce y la necesidad de la verdad revelada satisfechas por Jesucristo con la creencia que habian de formar. Para esto debemos andar una escala. Naturaleza de la verdad; objetos de la verdad, relaciones de ella con el entendimiento, modos de estar sus objetos en el alma. Entónces veremos que la verdad es una, inmutable y eterna; que abraza todo lo existente y posible; que reside esencialmente en Dios; que deja caer al mundo una parte de su luz para acreditarse y se acreditó de facto ante la razon humana en su origen y carácter infalible, cuando vino á la tierra para manifestar aquella luz que el mundo no conocía; que despues de esta manifestación á los hombres reunió en el entendimiento humano sus dos luces, formó la razon católica, sobreponiéndola en todo á la simple razon filosófica y comunicando á la fe un poder inmenso para depurar la verdad en todos los órdenes, fecundarla, instituirla, concretarla en las costumbres, establecerla en las leyes y unir, digámoslo así, en la razon católica, moral católica ó institución católica, la tierra con el cielo, el tiempo con la eternidad, la naturaleza con la gracia y al hombre con Dios. Mas, no debiendo dar á cada una de mis instrucciones mas latitud que la que vuestra atención me permite, me limitaré aquí, amados hijos, á considerar la verdad: primero, en sí misma; segundo, en sus diferentes objetos; tercero, en sus relaciones con el entendimiento humano.

I.

6. Los puntos que debo tratar aquí para deciros lo conducente acerca de la verdad considerada en sí misma, son, amados hijos, precisamente dos, conviene á saber: los atributos propios y su existencia: los primeros, son aquellas cualidades tan esenciales á la verdad, que nunca pueden faltarla, ora sean los que la constituyen, ora, que es lo mas

cierto, las consecuencias necesarias de su ser. Vista la verdad bajo el primero de estos aspectos, es el ser mismo, vista en las consecuencias que de aquí nacen, es inmutable, eterna y reside necesariamente en Dios.

7. Hai cosas tan claras y perceptibles por sí mismas, que detenerse á demostrarlas seria en cierto modo oscurecerlas, y tal sucede precisamente con la naturaleza y existencia de la verdad. Todo el mundo pronuncia esta palabra, y la pronuncia no con la vacilación de la ignorancia, sino con la firmeza de la convicción, cosa que ciertamente no sucedería, si la naturaleza y existencia de la verdad no estuviesen al alcance de todos: desde el sabio que en el secreto de sus meditaciones encumbra su pensamiento á los espacios inaccesibles para seguir la carrera de los astros, indagar sus leyes, prever sus movimientos y estudiar sus vicisitudes mismas, hasta el humilde aldeano que ha pasado sus dias en una comarca desierta, en una miserable choza, todos hablan de la verdad, todos la buscan y todos en general saben lo que es ella. Pues bien, amados hijos: si quisiésemos dar una definición de la verdad en sí misma y con independencia del alma, bien haríamos con decir que la verdad en sí misma es el ser existente ó posible. Mas allá de la posibilidad no encontraréis sino la nada; mas acá de la existencia no hallaréis sino el movimiento y la carrera del ser con todas sus modificaciones. Si la verdad consiste, como he dicho, en la existencia ó posibilidad del ser, bien comprenderéis al gran Padre de la Iglesia San Agustín, cuando definiendo la verdad, nos dice: *La verdad es lo que es*. Todas las cuestiones relativas á la verdad, pueden reducirse consiguientemente pues á esta simple forma: *¿Es, ó no es?* Tendéis la vista por un campo, percibís á lo lejos un gran edificio que se os figura una Iglesia, y queréis inquirir la verdad. ¿cuál es vuestra pregunta interior? "Es Iglesia, ó no es Iglesia?" Percibís á un hombre, y queriendo saber la verdad preguntáis: "¿Quién es?" Corre una noticia mas ó ménos interesante que excita vuestro interés ó provoca vuestra curiosidad: ¿qué preguntáis entónces? "¿Es verdad, ó no, lo que se dice?" conviene á saber: "¿es un suceso que realmente haya pasado, ó no es?" De esta suerte podría yo ir discurrendo sobre cada una de las cosas, para venir al mismo resultado; mas no es necesario detenerme ya en este punto, pues los ejemplos propuestos bastan para conocer la exactitud de la definición de San Agustín.

8. Si la verdad es *lo que es*, conviene á saber: el hecho de la existencia y la posibilidad, y si ni una y otra dependen del hombre, pues quiera el hombre ó no, ni lo que es dejará de haber sido, aunque despues deje de ser, ni lo posible dejará de ser posible, bien claramente se manifiesta que la verdad en su esencia está en Dios, y no puede estar en otra parte. Los principios constitutivos de las cosas, aquello por lo cual ellas son posibles, base de toda la ciencia, antecedente indispensable del ser y esencia del ser mismo; esto, amados hijos, es tan esencial, tan necesario, que nunca puede dejar de ser. El que una cosa sea posible, es una idea, una entidad, un pensamiento eterno: porque lo que no puede dejar de ser, es por toda la eternidad. Ahora bien: el que una cosa exista ó no, depende de la voluntad divina, y por lo mismo fuera de Dios todo lo que existe ha tenido principio; mas el que una cosa sea ó no posible esto no depende de nadie, esto no puede alterarse, esto es inmutable y eterno; y como el principio del ser está en su posi-

bilidad, está en su esencia, y esta posibilidad y esencia es eterna, ya comprenderéis, amados hijos, que la verdad es eterna, y por tanto, que ella puede ser vista, entendida y enseñada por el hombre, mas nunca venir primitivamente del hombre. Vuelvo á decirlo, para que adelantemos un poco mas la idea: la verdad es lo que es. ¿Y qué dijo Dios, hablando de sí mismo? *Yo soi el que soi*. Luego la verdad está esencialmente en Dios, y Dios es la verdad misma. Luego sin Dios no habria verdad, y sin verdad no habria Dios. Porque si no existiese la verdad, ¿en qué podríamos fundarnos para afirmar que Dios existe? y si Dios no existiese, ¿qué podría servirnos de apoyo para proclamar la existencia de la verdad?

9. Pero qué, ¿la verdad existe? Hubo antiguamente, amados hijos, dos sectas enemigas de ella; una que negaba toda verdad, y otra que la llenaba de tantas trabas y la rodeaba de tantas sombras, que imposibilitaba realmente su adquisición. Tan absurdos eran estos sistemas, que á pesar de la celebridad de sus autores y de la énfasis y pompa con que proclamaron sus teorías y del empeño y solícitud con que se procuraban adeptos, jamas llegaron á predominar en la sociedad, y sus sistemas absurdos bien pronto fueron á dormir el último sueño en el archivo de los siglos.

10. Si la verdad es el ser, como hemos dicho, para negar la existencia de la verdad seria necesario borrar la palabra *ser* del catálogo de las lenguas, y por lo mismo acabar con ellas; sacarla del pensamiento, y por lo mismo destruir las ciencias; hacerla salir de la carrera de los siglos, y en consecuencia destruir la historia, que no es mas que la narracion del movimiento del ser: en suma, seria preciso acabar con todo, quitando al verbo *ser* del mundo de las ideas, de la region de los sentimientos y del teatro vastísimo de las cosas, lo cual es un imposible, é importa una incompatibilidad absoluta con la subsistencia de la razon.

11. Para negar la existencia de la verdad, es indispensable proibir al verbo *ser* del mundo de las ideas, del mundo de los sentimientos, del mundo de las cosas: proscripcion imposible para todo el que tenga libre y expedito el uso de la razon. El hombre siente la verdad en su pensamiento: habla, revelando así la verdad de su pensamiento en su palabra; obra, y anuncia la verdad de su existencia en su conducta: colocado en la sociedad, afirma en su porte la verdad de los otros seres con quienes vive; sirve de las cosas que proveen á su alimento y vestido, y afirma con esto solo la verdad del universo físico; quejase, y afirma la verdad de su deber: consuélase, y afirma la verdad de su esperanza; ora, y afirma la verdad de un Ser infinito y poderoso que dispone de su existencia: la verdad es luz, es sentimiento, es vida: negad la verdad, y forzaréis la existencia y la posibilidad á las condiciones de la nada; violencia imposible aun de concebirse siquiera, y prueba concluyente de la existencia de la verdad.

12. Despues de lo que os acabo de manifestar acerca de la verdad considerada en su esencia y existencia, poco tengo que añadir para daros á conocer sus cualidades propias, es decir, aquello que necesariamente hai en ella, y nunca la puede faltar. Si la verdad es lo que es, la verdad es una. ¿Por qué? Porque la calidad de ser abraza en un punto las existencias todas. ¿Cuál es este punto? La conveniencia de todos los atributos constitutivos de las cosas entre sí; pues el que de facto existan ó no, es punto que

no altera en lo mas ínfimo su esencia: hé aquí por qué la esencia ó esencialidad de las cosas tiene una existencia necesaria, está en el Ser que existe por sí mismo, está en Dios, y por esto dijo Dios á Moisés: "Yo soi el que soi." ¿Véis, hijos míos, esa multitud de objetos que hai en la naturaleza; y su diversidad tan marcada que no nos permite confundirlos! pues todos ellos tienen una cosa comun, el ser; tienen una cosa inmutable, la esencia. Luego si hemos de buscar en ellos lo que hai de radical, de perpetuo, de indefectible, de necesario, será su esencia, su posibilidad. De este modo todo viene á recogerse en la verdad eterna como en un punto, y por esta causa el primer carácter y atributo de la verdad considerada en sí misma es la unidad. Si por acá en la tierra ponemos en plural lo que es; si hablamos de verdades muchas, diversas, &c., &c., esto se refiere al modo con que nosotros conocemos la verdad, esto nace de la limitacion propia de nuestras facultades, esto se deriva de las modificaciones y límites del ser; pero la verdad en sí misma, en su esencia y naturaleza, es una, solo una, nada mas que una.

13. Si la verdad es una, la verdad es indivisible, simple, simplicísima, no puede fraccionarse en sí misma: porque, hijos míos, ¿qué podría representar cada una de sus fracciones! ¿Acaso una verdad aparte? luego entónces no era una sino muchas, y tendríamos que cambiar de supuesto, dando por nada la demostracion que precede. ¿Acaso cada fraccion representaria la parte y no el todo? entónces habria media verdad, tercia, cuarta, quinta, milésima parte de verdad, y esto seria un absurdo. Pero dejemos la prueba de inconveniente; tomémos un punto de partida para venir á la demostracion directa. La verdad es lo que es. ¿Dónde está pues la verdad? En la idea representada en estas dos letras *ES*. Pues bien: estas dos letras representan un acto simplicísimo del alma, tratándose de la percepcion: yo no puedo reducir á dos mitades lo que quiero dar á entender cuando digo: "es de dia, es de noche, es tarde, es temprano, es hombre quien viene, &c." La idea representada por la palabra *es* no puede fraccionarse: ó toda, ó nada, no hai medio. Si se trata de la existencia misma, es decir, del acto de ser, decidme si podríais concebir siquiera una mitad, ó un tercio, ó un cuarto de ser ó existir: si se trata todavía de lo que hai mas fijo, que es la esencialidad ó el acto de convenir entre sí los atributos constitutivos de las cosas, la imposibilidad crece, por explicarme de esta manera, pues acá todo es intelectual, y seria preciso para fraccionar la idea tragar con gusto los mayores absurdos. Convergamos pues en que la verdad es simplicísima.

14. Siendo una y simplicísima, es inmutable y eterna: porque decidme, hijos míos, ¿qué mutacion es capaz de padecer aquella unidad que no se divide! Ninguna. Mudarse es dejar de ser para ser otra cosa; pero si la verdad es lo que es, ¿cómo concebir que dejase de ser, ni ménos para ser otra cosa, cuando dejar de ser es negacion del ser? Luego la mutacion de la verdad seria su muerte. ¿Y cómo concebir muerta la verdad, y vivo el ser? El entendimiento se pierde, se abisma, se confunde, no puede soportar ya el dar otros pasos en esta carrera de suposiciones. La verdad es pues, no solo simple, sino tambien inmutable; y si por inmutable nunca puede faltar, es infalible y eterna. Demos el último paso. La verdad, absolutamente hablando, necesita donde estar; porque ó está y en este caso está en algo, ó no está y en este caso la verdad es la nada. Pues bien: si la verdad es una, simple, inmutable, indefectible y eterna, no estará

en ninguno de los seres creados, que son muchos, compuestos, variables, defectibles y temporales. ¿Dónde está pues? En el Ser que ha dado á todo lo creado la existencia, en Dios, hijos míos: Ser, uno, simple, inmutable, indefectible y eterno. Luego la verdad está esencialmente en Dios; y como no hai ser esencial fuera de Dios, la verdad en su esencia es Dios, Dios es la verdad misma.

II.

15. He considerado la verdad en sí misma: paso á tratar de ella, considerada en sus objetos. Aquí, amados hijos, el uno se nos vuelve múltiplo, la verdad parece una reunion de objetos, y á primera vista pierde sus atributos esenciales. Mas no nos engañemos, no nos dejemos fascinar por una ilusion de la mente: la verdad, que reside por esencia en el Ser infinito, tambien se deja ver del hombre, tambien está en el alma; pero su modo de ser es diverso, no porque cambie de naturaleza, sino por la diferencia que hai entre Dios y el hombre relativamente á la verdad. Voi á poner un ejemplo, porque deseo ser muy explícito, muy claro y darne bien á entender. ¿Véis el sol? Sí; le véis, lo seguís en su carrera, os aprovecháis de sus influencias, habláis con frecuencia de él, decís que le conocéis y decís bien. ¿Y cuál es vuestro lenguaje respecto del sol? Este: "ya salió el sol, ya se puso el sol, ya se escondió el sol, ya va muy lejos el sol, ya no tarda el sol." Pues hijos míos, todo esto es cierto, respecto de vuestra vista y posicion en la tierra, pero no lo es respecto del sol: porque este astro ni sale, ni se pone, ni va lejos, ni tarda; en suma, no hace nada de lo que decís. ¿Qué sucede, pues? Que colocados encima de la tierra, la cual se mueve continuamente al rededor del sol, no es él, sino nosotros los que estamos lejos, estamos cerca, salimos, nos ponemos, &c., &c. Ved aquí dos cosas verdaderas; la fijeza del sol y su movilidad objetiva, esto es: su movilidad relativa á nosotros. Pues así sucede con la verdad: ella es una, ella es inmutable, ella es eterna; pero para nosotros es múltiple, comienza, desaparece, se oscurece, se aclara, &c., &c., y las dos cosas son ciertas. No pudiendo pues durante nuestra vida mortal contemplar la verdad en sí misma, hablamos y discutimos sobre ella como se ha manifestado á nuestra razon. ¿Cómo se ha manifestado? En la existencia de esa multitud de objetos que componen el universo todo; y como en la existencia creada encontramos principio, sucesion, movimiento, diversidad, &c., &c., la verdad objetivamente, conviene á saber: en los objetos que existen, admite para nuestra inteligencia una cierta clasificacion, sin que por esto deje de ser una, simple, inmutable y eterna. ¿Qué debo, pues, decirnos yo cuando considero la verdad en sus varios objetos? Manifestar el orden en que está distribuido el ser; esto es todo.

16. La verdad es lo que es: luego donde hai ser, hai verdad. ¿Cuál es la mas gran clasificacion del ser? He la aquí: el Ser increado, el Ser necesario, infinito y eterno, es decir, Dios; y el ser creado, contingente y finito. El Ser increado no admite clasificacion, porque es uno y simple, no puede admitirla tampoco nunca, porque es inmutable y eterno. Lo contrario sucede con el ser creado, por ser múltiple, diverso y sucesivo. ¿Qué clasificacion admite el ser creado? La mas exacta es esta: el espíritu y la mate-

ria: porque fuera de uno y otra no hai nada. Mas como Dios mismo está en esta escala, pues es espíritu puro, la clasificacion general de los seres puede reducirse á esta mas metódica: *espíritus y cuerpos*. Los primeros comprenden á Dios, al ángel y al alma humana, los segundos abrazan cuanto es material, extenso, divisible, impenetrable y afecta nuestros sentidos externos. Hai pues dos grandes manifestaciones de la verdad: la primera es aquella que nos hace conocer la existencia y las cualidades de los cuerpos; la segunda, la que nos enseña la existencia, naturaleza y categoría de los espíritus. Hai tambien una palabra que designa todo el primer conjunto, y aunque científica, es muy repetida: es la *diré*, porque nada cuesta ni explicarla ni entenderla; esta es la palabra *Física*. Física quiere decir, materia, cuerpos, cosas corpóreas. En la categoría de los seres lo espiritual está sobre lo corporal, el espíritu está sobre la materia, es decir: es mas excelente, mas eminente, mas digno, más en todo sentido que los cuerpos. Luego el orden representado en el conjunto de los espíritus demanda una palabra que manifieste su jerarquía. Hai esta palabra y cumple con su objeto, la palabra *Metafísica*, compuesta de lo que ya os he definido, y de *meta* que quiere decir *sobre*, ó *encima*. Luego si la palabra *física* explica el conjunto de los cuerpos y sus modificaciones propias, la palabra *metafísica* explicará el conjunto de las sustancias que por su excelencia y naturaleza están sobre los cuerpos, es decir, son superiores á la materia.

17. Si el hombre, amados hijos, fuese ó solo espíritu ó solo cuerpo, tendríamos concluida la clasificacion de la verdad con solo repartirla entre el orden físico y metafísico. Pero sucede de otra manera: es el hombre, no solo cuerpo ni solo espíritu, sino las dos cosas, cuerpo y alma: se halla en relaciones con Dios y con todo el universo: comercia con el mundo físico con sus sentidos, con el mundo espiritual creado, con la palabra, vehículo del pensamiento, con Dios con su razon misma. Este ser está sujeto en su pensamiento, en su palabra y en sus acciones á la voluntad divina; mas la sujecion del hombre no es un hecho necesario como la de la materia, sino libre. Si el sol nunca dejará de hacer lo que hizo desde el principio, pues necesariamente cumple la voluntad de Dios; no sucede lo mismo con el hombre, porque hallándose dotado de libertad y pudiendo abusar de ella, cumplirá ó no la voluntad de Dios, segun que use bien ó abuse de su albedrío. Mas Dios quiere el orden en todas partes y en todos los seres: luego le establecerá, no solo en el universo físico que obedece á leyes necesarias, sino tambien en la especie humana dotada de razon y libertad. ¿Cómo se establece el orden entre los seres libres? Por la lei, convirtiéndola en regla de conducta y proponiendo á la voluntad humana los mas fuertes motivos para seguirla. Esto hizo Dios, hijos míos, con el hombre: le dió una lei, es decir, una regla invariable de conducta; sancionó esta regla con un premio eterno para el que la cumpla, y un eterno castigo para el que la quebrante. Tenemos pues un orden emanado de los otros dos, pero que no debe confundirse: el del hombre, ser compuesto de cuerpo y alma, en sus relaciones con la lei divina. Como el hombre bajo estas relaciones se estudia en sus actos deliberados, es decir, conocidos y ejecutados con libertad; y estos actos son sus costumbres, el hombre en sus relaciones con la divina lei, constituye el orden moral, pues *moral* viene de la palabra *mos*, que significa costumbre. Pues bien, hijos, este orden, lo mismo que los otros dos, necesita

verdad, representa verdad, vive de la verdad. ¿Cuáles son los elementos de la moral? La ley, la conducta, la conciencia: verdad de la ley, verdad ó existencia de los actos verificados con conocimiento y eleccion libre, verdad en el juicio práctico de la bondad ó malicia de los actos humanos. Ved aquí la verdad moral en sus tres puntos cardinales: la ley, la conducta y la conciencia.

18. Tenemos pues, hijos míos, clasificada la verdad por sus objetos en tres órdenes generales, el metafísico, el físico y el moral; pero no lo he dicho todo: queda un último paso que dar, y de la mayor importancia: viao! á explicarme.

19. Aplicando nuestra razon á las diferentes ideas que hemos recibido, ya de los cuerpos y sus cualidades por el conducto de los sentidos externos, ya del espíritu y sus potencias por el sentido íntimo y la reflexion, ya del hombre como un ser compuesto de cuerpo y alma, descubrimos con toda claridad ciertas verdades, ó sean ciertas ideas generales y abstractas; generales, porque abrazan á todos los seres, y abstractas porque se consideran como separadas de ellos y solo existentes en el alma. Tales son la idea del ser ó ente, la de la esencia y posibilidad, la de causa y efecto, la de propiedades y accidentes, y por último, la de tiempo, duracion, principio y término. Ya veis, hijos míos, que estas son ideas, pues no lo serian si no tuviesen objeto, y que no subsisten fuera del alma, pero en ella tienen una realidad. Pues bien, la verdad, considerada bajo este nuevo aspecto, debe ser colocada en alguna categoría. ¿Cuál es esta? No el órden físico, porque nada de lo que ellas representan es un cuerpo; no en el órden moral, pues que no representan precisamente al hombre, ni á su albedrío, ni á la ley, ni á la conciencia. Luego es necesario colocarlas en el órden metafísico. Síguese de aquí que la verdad por razon de sus objetos abraza tres grandes conjuntos, el de lo físico, el de lo metafísico y el de lo moral; que el órden físico, todo material, comprende á los cuerpos y sus cualidades; el órden moral al hombre como ser compuesto de cuerpo y alma, dotado de libertad, sujeto á la ley y regido por la conciencia; en fin, el metafísico comprende: primero, á todos los espíritus; segundo, al ser abstracto, cuya existencia está en el espíritu y no fuera de él. Visto pues lo que es la verdad en sus diferentes objetos, pasémos á considerarla relativamente á nosotros, ó para mejor decir, á examinar los diversos estados del entendimiento con respecto á la verdad.

III.

20. Si Dios nos ha dado un entendimiento capaz de conocer, y la verdad en todos sus órdenes es capaz de ser conocida, no basta, hijos míos, considerar la verdad en sí misma y en sus diferentes objetos; es necesario verla en sus relaciones con el alma. Estudiar la verdad en esta relacion es lo mismo que examinar los diversos estados que relativamente á ella tiene nuestro entendimiento, é indagar los medios propios y eficaces para que sea bien conocida.

21. De que tenga el hombre una facultad para conocer, no se sigue precisamente que conozca, bien así como de que uno tenga sed ó hambre, no se infiere que beba y coma. El conocimiento pues de la verdad supone tres cosas: primera, la existencia de

ella; segunda, la facultad nuestra para conocerla; y tercera, el ejercicio bien dirigido de esta facultad. Hai pues, cuatro estados del alma con respecto á la verdad: primero, la simple inexistencia; segundo, la sustitucion; tercero, la vaclacion; cuarto, la posesion efectiva. Lo primero se llama *ignorancia*, pues consiste ésta precisamente en no conocer ni saber: lo segundo constituye el *error*, el cual consiste en afirmar como verdadero lo que es falso, y al contrario, tener por falso lo verdadero; lo tercero constituye la *duda*, que es la suspension del ánimo entre dos razones contrarias; lo cuarto forma el conocimiento y produce la *certidumbre*. Cuando la duda no tiene razones iguales, hai *probabilidad* por el lado donde las razones pesan mas en el juicio.

22. Síguese de aquí, que el entendimiento, para conseguir su fin, ha menester aplicarse á adquirir conocimientos para salir de la ignorancia, depurar bien sus conocimientos adquiridos para librarse del error, empeñar su discurso en lo que no es claro para disipar la duda, y conocer las reglas que dan á conocer infaliblemente la presencia de la verdad, para lograr la certidumbre.

23. Cómo salir de la ignorancia? meditando, estudiando, aprendiendo. La meditacion es la aplicacion de nuestras facultades intelectuales á un objeto con el fin de entenderle; el estudio es la repeticion que hacemos de las verdades entendidas, para que se graben en el alma, como un depósito de conocimientos que nos deben servir para el uso comun de nuestra vida moral. La meditacion empeña, como se ha dicho, todas nuestras facultades intelectuales: empeña la *atencion*, para que no se nos escape el objeto y ni se divague la mente; la *reflexion* para volver de unas ideas á otras, de unas cosas á otras, á fin de indagar sus verdaderas relaciones; el *juicio*, para fijar los resultados de la reflexion, y el *discurso* para progresar de unas verdades á otras. El estudio ejercita: en primer lugar, las facultades dichas, porque la meditacion es una especie de estudio; y en segundo, la *memoria*, para fijar en el alma las verdades conocidas y hacer de ellas el uso y aplicacion convenientes cada vez que se ofrezca.

24. Mas en la economía de todos esos trabajos va corriéndose un riesgo, como bien lo comprenderéis. ¿Cuál es este riesgo? El de caer en error por una mala direccion de nuestras facultades, ya sea este error parcial, ya total; porque puede suceder muy bien que los conocimientos adquiridos por la meditacion y el estudio sean, ó todos verdaderos, ó todos falsos, ó unos verdaderos y otros falsos. En el primer caso, el entendimiento ha tocado plenamente á su objeto, no tiene que retroceder, sino solamente que conservar, fecundar y convertir en provecho de todo el hombre los conocimientos adquiridos: en el segundo, tiene que volver hasta el punto de partida, limpiar, digámoslo así, el campo de la inteligencia de todos los escombros que en él deje el edificio del error que se debe destruir, y comenzar de nuevo á levantar el de la verdad. Este estado del alma es peor mil veces que la ignorancia, ya por ser tan difícil purificarla de todos los vestigios que deja el error, ya por las preocupaciones que engendra éste, las cuales oponen una vigorosa resistencia cuando se trata de destruirlas, ya finalmente porque la salida del error á la verdad importa un doble trabajo para la inteligencia. El tercer estado, es decir, aquel en que los conocimientos son una mezcla de verdades y errores, es acaso peor que todos.

25. Resulta de aquí, amados hijos, que nada es tan importante para el hombre, supuesto que la verdad es el fundamento de todo, como ponerse á cubierto del error, garantizar de todo peligro sus conocimientos y estar seguro de poseer la verdad. ¿Cómo adquirir tan precioso bien? ¿cómo salvarse de todos los peligros con que á cada paso lucha la inteligencia? De un modo muy sencillo, amados hijos; aprovechando los medios que el mismo Dios nos ha concedido para libertarnos del error. Dios no podía dejar imperfectas sus obras, y es claro que habiendo hecho el entendimiento para la verdad, le dió medios seguros para conocerla y distinguirla del error, y sentimientos de ella tan fijos, que no pudiesen engañarle.

26. Cuando el alma conoce la verdad, y sabe que conoce la verdad, y está segura de que la verdad que conoce no es un error, se adhiere á ella con tal fuerza interior, que nada puede separarla de esta adhesión; entónces se dice á sí misma: "lo que yo sé, lo que conozco, lo que actualmente medito, existe, es una verdad." Ahora bien; este fuerte asentimiento de nuestra alma, este adherirse á una verdad conocida se llama *certidumbre*. Siguese de aquí que la verdad considerada en sí misma con independencia del entendimiento humano, es lo que propiamente se llama *verdad*; pero considerada ya en el entendimiento conocida y sentida como tal, se llama *certidumbre*. Tratar pues de la verdad en el alma es discurrir sobre la certidumbre de nuestros conocimientos ó nuestros juicios.

27. Es tan necesaria la certidumbre, que sin ella de nada podría servirle al hombre la verdad; pues para el gobierno de su conducta no le basta que la verdad exista, necesita conocerla, estar seguro de que la posee, relacionarla con todo su ser, aprovecharla en el sistema de su vida. Saquemos otra consecuencia: los medios que Dios nos ha dado para conocer la verdad y asegurarnos de su posesión, son *motivos de certidumbre*: siendo esto así, no nos resta que saber sino solo esto: ¿hai motivos para juzgar de las cosas con tal acierto, que cuando ellos nos dirijan, nos den una plena seguridad de nuestros juicios? Si les hai, amados hijos, y tan adecuados y propios, que nada dejan por apetecer; tan evidentes é infalibles, que parecen dejar á nuestro arbitrio poseer ó no la verdad: son como las llaves de todas las puertas del alma, ó mejor dicho, como sentinelas vigilantes apostados en ellas para no dejar entrar nunca el error, y abrirlas única y exclusivamente á la verdad.

28. ¿Cuántos y cuáles son estos motivos de certidumbre? cuántos son los conductos por donde llegan los conocimientos al alma. ¿Por cuántos conductos nos llegan los conocimientos? Por cuatro: dos externos y dos internos; dos que tenemos siempre dentro, y dos que siempre están fuera.

29. ¿Qué hai siempre fuera de nosotros? El mundo físico y la humanidad. ¿Cómo se comunica el primero con nosotros? Por *los sentidos*. ¿Cómo la segunda? por *el testimonio*. Dentro de nosotros tenemos un testigo constante de cuanto pasa en el alma, conviene á saber: el sentido interior, la *conciencia*, aquello que nos advierte de lo que actualmente pensamos. Las ideas que nos vienen por los sentidos, las noticias que nos vienen por el testimonio de otros, los hechos internos que nos acredita nuestra conciencia, no son, amados hijos, cuadros inmóviles expuestos al alma únicamente para ser vis-

tos, sino un material inmenso que la naturaleza, el hombre y la conciencia ofrecen de continuo á nuestra actividad interior, al ejercicio de nuestras facultades mentales. Desde los primeros juicios que formamos para depurar de todo error y extraña mezcla la verdad en estos tres órdenes diferentes, hasta el vasto conjunto de las ciencias que forma el hombre usando de su razón, hai, amados hijos en el alma un trabajo continuo de atención, de reflexión y de discurso. Podría suceder muy bien que, adquirido cierto número de verdades, al dar el paso á compararlas entre sí, al sacar unos conocimientos de otros conocimientos, padeciésemos algún error. En este caso ¿de qué serviría la seguridad primitiva, si nouviésemos la secundaria? ¿qué podría importarnos saber con toda evidencia que un objeto que tenemos á la vista, es un casa y no una colina, si al hablarla se había de venir encima de nosotros y aplastarnos, ó nos había de comunicar un contagio, ó hacer perecer al filo de la espada de algunos malhechores allí ocultos! Al pasar á la vida práctica, al aplicar nuestros conocimientos á la conducta, todo se mezcla, y andan reunidas la relación de los sentidos, el testimonio de los hombres, la conciencia; y como esta reunión no puede verificarse sino por la acción de nuestras facultades sobre nuestros conocimientos, es evidente que andaríamos á tientas, como suele decirse, y á cada paso caeríamos en el precipicio, si nouviésemos, para calificar la exactitud de nuestros discursos y depurar de todo error la verdad de nuestros juicios, medios tan infalibles como los que tenemos para lo demás. Pero Dios nuestro Señor, que á todo ha provisto competentemente, nos ha dado estos medios, y son ciertas reglas infalibles en que podemos probar la rectitud de nuestros juicios, la exactitud de nuestras deducciones y salvar de todo peligro de error el ejercicio de nuestras potencias. Este conjunto de reglas forma el *Arte de razonar ó discurrir*.

30. Hai pues, hijos míos, reglas fijas y seguras para no engañarnos ni en lo que recibimos por los sentidos, ni en lo que sabemos por el testimonio de los hombres, ni en lo que nos advierte nuestro sentido íntimo, ni en los conocimientos que adquirimos por el buen uso de la razón, y por tanto no me detendré á demostraros la existencia de estas reglas, ni á explicáros las una por una, y tanto ménos, cuanto que adelante tendré que volver á este punto, al hablar de las pruebas de la revelación.

IV.

31. Os he manifestado, amados hijos, en esta instrucción que la verdad considerada en sí misma, es *lo que es*, lo que existe ya materialmente, ya esencialmente: es decir, la existencia y la esencia de las cosas en sí mismas: que considerada en sus objetos, comprende al Ser increado y al ser creado; que estos dos seres por razón de su naturaleza, están distribuidos en dos categorías, la de los cuerpos y la de los espíritus ó cosas puramente espirituales; que la verdad, acerca de los cuerpos y sus cualidades se llama *verdad en el orden físico*; que la verdad espiritual y mental, aquella que no representa cuerpo ni cualidad corpórea, se llama *verdad en el orden metafísico*, pues metafísico quiere decir cosa sobre los cuerpos ó sobre lo corpóreo: que siendo el hombre un ser compuesto de cuerpo y alma, comprenden su naturaleza los dos órdenes dichos; y estan-

do sujeto á una lei que regla su conducta, norma sus costumbres y constituye el órden moral, hai tambien *verdad en el órden moral*: que considerada la verdad en nosotros, ó mas bien en los diversos estados que puede tener nuestro entendimiento con respecto á la verdad, hai un estado de conocimiento de ella, un estado de no conocimiento y un estado de tener por verdadero lo que no es, ó por falso lo que es verdadero; que el primero constituye el *conocimiento* propiamente dicho, y en escala plena la *sabiduria*; el segundo, la *ignorancia*, ya absoluta si nada se conoce, ya respectiva si se conoce algo y algo se ignora, y el tercero representa el *error*; que habiendo sido hecho el entendimiento para conocer la verdad y librarse del error, y no pudiendo faltarle modo para conseguir uno y otro, pues el entendimiento es obra de Dios, y Dios nada deja incompleto, hai medios seguros y eficaces para conocer la verdad y salir de la ignorancia; conocerla clara y distintamente, para no confundirla con lo que no es ella y librarse de caer en error, ó echarle fuera del alma, si en alguno se ha incurrido: que estos medios, enteramente análogos á los varios objetos de la verdad, son: para los cuerpos y sus cualidades, esto es, para la existencia, partes constitutivas y fenómenos del *órden fisico*, la relacion de los sentidos corporales; para las cosas que no han afectado nuestros sentidos corporales, ya por el lugar, ya por el tiempo en que han sucedido, el *testimonio de los hombres*; para las cosas que pasan dentro de nosotros mismos, el *sentido íntimo*, y para elevarnos de estas primeras verdades al conocimiento de otras que de ellas nacen, la *exacta deducion*, ó sea el discurso y la razon humana.



PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

UNDECIMA INSTRUCCION.

SOBRE LOS TRES DIVERSOS MODOS

CON QUE LA VERDAD ESTA EN EL ALMA, SEGUN QUE VIENE DE LA CIENCIA, DEL TESTIMONIO HUMANO, O DE LA REVELACION DIVINA.

Ex parte enim cognoscimus, et ex parte prophetamus... Videmus nunc per speculum in enigmate: tunc autem facie ad faciem. Nunc cognosco ex parte; tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum.

Ahora nuestro conocimiento es imperfecto é imperfecta la profecía.... Al presente no vemos sino como en un espejo á Dios, y bajo imágenes oscuras; pero entonces le veremos cara á cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente; mas entonces le conoceré á la manera que soi yo conocido.

I. Cor. cap. XIII, vv. 9, 12.

1 **H**ER considerado la verdad en la instruccion precedente, amados hijos, bajo tres puntos de vista mui principales, conviene á saber: en sí misma, en sus objetos y en el alma: he fijado los tres órdenes generales en que se halla distribuida por razon de sus objetos, y son: el órden metafísico, el físico y moral; he manifestado cuáles son los diferentes estados del entendimiento respecto á la verdad, y se designan con los nombres de conocimiento cuando ésta se sabe, de ignorancia en el caso contrario, de error cuando se tiene lo verdadero como falso y viceversa, y de duda cuando el ánimo está suspenso entre dos razones contrarias sin percibir clara y distintamente las cosas. He concluido de aquí la necesidad que hai de medios eficaces para estar seguro de poseer la verdad, y manifestado por último en general cuáles son estos medios y cómo ellos nos aseguran de que conocemos la verdad, cuya seguridad se llama *certidumbre*.

2. Hai empero una nueva luz con que considerar este mismo punto, y es, el diver-

so modo con que la verdad ya conocida se encuentra en nosotros, cualquiera que sea el orden á que pertenezca. Esta diversidad nace de los motivos de nuestro asenso, los cuales varían según el modo con que conocemos cada verdad. El apóstol San Pablo, en las palabras que acabo de citar de su epístola primera á los fieles de Corinto, distingue con mucha oportunidad entre el conocimiento natural que tenemos de las cosas, vistas y palpadas por nosotros, y aquel que se funda solo en la revelacion divina. Supone muy bien el santo apóstol que nuestro asenso á la revelacion es tan cumplido cuanto mas no cabe; pero en cuanto al objeto mismo revelado manifiesta que no le vemos á plena luz como es en sí, pues no lo permiten las leyes de nuestra naturaleza: dice que esos arcanos augustos no están en el alma sino como imágenes imperfectas dibujadas en un espejo, como representaciones oscuras y en cierto modo impenetrables: *Videmus nunc per speculum in enigmate*. Mas como esto se refiere solo al tiempo de nuestra presente vida, señala inmediatamente aquella otra perdurablemente iluminada por el sol de justicia, donde no pueden existir sombras ni tinieblas, porque todo se ve como es en sí: *tunc autem facie ad faciem*. No se contenta con esto el apóstol; quiere darnos alguna idea de lo que será ver en sí misma la verdad revelada, por lo que mas claro aparece para nosotros durante la presente vida, y escoge de intento la existencia propia, tal vez porque no hai cosa percibida con mayor claridad ni sentida con mayor fuerza por el hombre. "Entonces dice: conoceré como yo soi conocido:" *tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum*. Mas como el conocimiento natural está fundado, ya en nuestras percepciones claras é inmediatas, ya en las noticias ciertas y seguras que tenemos de las cosas, hai tres conductos ó vías de conocimiento; conviene á saber: la ciencia propia, el testimonio humano y la palabra divina. En los tres casos conocemos la verdad, en los tres casos podemos estar seguros de poseerla, en los tres casos nos adherimos fuertemente á la verdad conocida y la damos todo nuestro asenso; pero tanto éste como el conocimiento de la verdad son diversos y nunca deben identificarse. Voi pues á considerar la verdad bajo estos tres nuevos aspectos, hablando en primer lugar, de la ciencia propia; en segundo, del testimonio humano; y en tercero, de la palabra divina.

I.

3. Entiéndese por ciencia propia la vista clara y distinta de las cosas, ora se trate de la percepcion bien calificada de los sentidos, ora se considere la accion interior de nuestro discurso. Tener ciencia propia es saber las cosas por uno mismo, y no porque otro se las refiere. Llega, por ejemplo, un gran personaje á cierto lugar, y todos los del pueblo saben esto muy bien, sin que les quepa duda. Pero entre ellos unos hai que le vieron con sus propios ojos llegar, le conocieron personalmente; y otros que lo saben por noticias. Pues bien: los primeros tienen ciencia propia, y los segundos conocimiento cierto, mas no ciencia propia. Este ejemplo sirve para todo y en todas líneas, y basta para darme bien á entender cuando hablo de la primera forma con que la verdad está en el alma. En el orden metafísico, en el orden físico y en el orden moral podemos conocer la verdad bajo cualquiera de las tres formas, es decir: ya por ciencia propia, ya por tes-

timonio humano, ya por una revelacion divina. El conocimiento de Dios y el del alma humana pertenecen á la verdad metafísica: pues bien, hai tres modos de conocer ésta: el primero es el uso recto de nuestra razon, que nos hace ver por nosotros mismos, no con nuestros sentidos sino con nuestra alma, lo que puede conocerse naturalmente acerca de estos dos seres; en este caso tenemos una ciencia propia: mas puede suceder que no nos háyamos ocupado por nosotros mismos en esto, y que aquellas verdades que forman esta ciencia las aprendamos de la boca de los sabios, teniéndolas por ciertas, por el concepto que ellos nos merecen; en este caso conocemos la verdad en el orden metafísico por el testimonio humano: finalmente, la fe católica nos enseña la verdad revelada sobre Dios, el alma humana y demas cosas espirituales, y nos adherimos á esta verdad, porque viene de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos; en este caso conocemos la verdad metafísica por la revelacion divina.

4. Pero qué sucede lo mismo con la verdad en el orden físico? Sí, amados hijos, tambien sucede: veamos cómo. Ya sabéis que la verdad en el orden físico versa sobre los cuerpos y sus cualidades propias: pues bien, de esto tenemos una ciencia propia cuando vemos, ú oímos, ú olemos, ú gustamos, ó palpamos los cuerpos, pues entonces nos consta que ellos existen, estamos viendo de qué color son, qué tamaño tienen, si son duros, si son blandos, si saben agradablemente ó saben mal. Pero cuando no estamos en contacto con los cuerpos, ora por su distancia, ora por la incapacidad de algun sentido, ó bien por cualquiera otra causa, entonces sabemos las mismas cosas porque otros nos las cuentan. Una persona, por ejemplo, nos dice que en cierto lugar hai muchas montañas; que las frutas son extraordinariamente grandes, pero muy desabridas, &c., &c.: en este caso sabemos la verdad en el orden físico, no por ciencia propia, sino por el testimonio humano. Por último, el conjunto de los cuerpos que se designa con el nombre de *universo físico*, tuvo un origen, una disposicion primitiva &c., que ningun hombre vió, porque Adán y Eva, cuando empezaron á existir, ya encontraron hecho el mundo. ¿De dónde nos ha podido venir este conocimiento? No de ciencia propia, pues no le vimos hacer; no de testimonio humano, pues ningun hombre le vió hacer: luego solo pudo vernos de revelacion divina.

5. Pasando al orden moral, ya os he dicho que sus tres elementos son la lei, la conducta y la conciencia. Sobre la lei tenemos ciencia propia en tanto que nos imponemos por nosotros mismos de lo que contiene, ciencia provenida del testimonio humano en cuanto se nos ha trasmitido á nosotros como publicada por Moysés por el antiguo, constante y perpetuo testimonio de los pueblos judío y cristiano; y tenemos por último conocimiento de la revelacion en cuanto nos consta por pruebas ciertas, que Dios mismo la dió á Moysés para que la publicase. Acerca de la conducta agena en el orden exterior tenemos ciencia propia cuando vemos de que manera obran los hombres y hablan: tenemos ciencia provenida del testimonio cuando no habiendo nosotros observado nada, sabemos el modo con que otro se conduce por la relacion que nos hacen los testigos, y tenemos conocimiento por testimonio divino, cuando sabemos por las Sagradas Letras el comportamiento, el juicio y el premio ó el castigo de algunas personas.

6. Véis pues, amados hijos, cómo en todos los objetos de la verdad, es decir: en el

orden metafísico, en el orden físico y en el orden moral, puede hallarse la verdad en el alma, ora bajo la forma de la ciencia propia, ora bajo la forma de la fe humana, que se funda en el testimonio del hombre, ora bajo la forma de la fe divina, que se apoya solidísimamente en la infinita veracidad de Dios.

7. Cada una de estas tres formas de la verdad es susceptible de mas ó ménos, lo cual quiere decir que podemos tener una ciencia propia muy reducida, mediana ó extensa; un conocimiento histórico ya limitado y superficial, ya extenso y profundo; un saber cristiano ya reducido á lo muy preciso para salvarnos, ya tan amplio como puede suministrarle el conocimiento de las Sagradas Letras, de las obras de los santos Padres y de la Teología en todos sus ramos. Trayendo pues á mi propósito estas tres formas y comenzando por la de la ciencia, voi á examinar cuál es el carácter propio de ella relativamente á la vida común y moral de los hombres.

8. Ya he dicho que la ciencia consiste en la percepción clara y distinta de la verdad; que pueden percibirse pocas ó muchas verdades, percibirse solo la verdad capital, y no sus legítimas consecuencias: en suma, puede tenerse una ciencia muy limitada, porque se reduzca solo á ciertas percepciones, y una ciencia mas amplia que abraza por entero el conocimiento claro y distinto de una materia por sus primeros principios, sus exactas consecuencias y acaso tambien sus adecuadas y propias aplicaciones. En ambos casos hai ciencia, pero en diferente grado; porque quien solo percibe clara y distintamente las primeras verdades, tiene menor ciencia que el que ha podido elevarse al conocimiento de otras muchas por el buen uso de la razon. Esto ha hecho reservar generalmente el nombre de ciencia para designar con él un conjunto de verdades deducidas de los primeros principios y extendidas al conocimiento perfecto de un objeto. El que sabe, por ejemplo, que dos y dos son cuatro, que tres y dos son cinco, que dos mitades hacen un todo, tiene ciencia de ello; mas no por esto tiene la ciencia total de los números, pues para ello seria necesario que conociese bien todas sus relaciones y fuese capaz de explicar y demostrar las diversas operaciones que se hacen con los números. Esta explicacion brevísima basta para que conozcáis dos cosas: primera, de qué modo y en qué grado puede hallarse la verdad bajo la forma de la ciencia en todos los que han llegado al uso de la razon; segunda, en qué grado se ha de poseer y con cuál extension la verdad que pertenece al raciocinio, para que su conocimiento constituya una ciencia propiamente dicha. No me detendré mas en explicar este punto, pues para mi propósito basta darle á entender así en general. Veamos pues ahora si la verdad bajo la sola forma de la ciencia es bastante para atender á todas las necesidades del hombre.

II.

9. Comencemos por las ciencias propiamente dichas, esto es, consideradas como sistemas perfectos de conocimientos. Decidme, amados hijos, ¿qué son los que saben una ciencia respecto de los que la ignoran? Lo que podria ser una gota respecto de un caudaloso torrente. Vosotros mismos podéis dar testimonio de esto: en una gran poblacion de muchos miles de habitantes, tal vez no hai dos que sepan medicina, ni otros tantos

jurisconsultos, filósofos, matemáticos, naturalistas, &c.; el resto de la poblacion lo ignora todo. Demos otro paso. ¿Cuántos hai en toda una nacion que posean todas las ciencias? Tal vez ninguno, y aun en el mismo mundo se veria como una cosa muy rara un sabio universal. Saquemos, pues de aquí una consecuencia. La ciencia tiene un carácter excepcional, porque no pertenece á todos, porque solo llegan á ella esos poquísimos que reúnen á una buena capacidad y una inteligencia clara un estudio continuo, largo y laborioso. Ahora bien: como la excepcion no es la regla, sino al contrario, la ciencia no puede ser la norma común del individuo y de la sociedad para gobernarse en el sistema de la vida.

10. ¿Lo será por ventura la ciencia en su menor grado, es decir, en esas verdades obvias que todos perciben? Yo os haré una pregunta: vosotros pasáis durante el dia por una serie de pensamientos; habláis y oís algunas palabras, practicáis cierto número de acciones; decidme pues, amados hijos: de todas estas cosas ¿cuántas hacéis por la ciencia, y cuántas por solo el testimonio? Las primeras vienen á ser casi nada respecto de las segundas. Os levantáis, saludáis á vuestro padre y vuestra madre: ¿quién os ha dado á conocer esta primitiva relacion de la naturaleza? ¿La ciencia propia? Ciertamente no, porque no visteis cuando os engendraron, sino el testimonio. Se os presenta el desayuno y le tomáis: ¿quién os inspira la seguridad necesaria para tomar este sin reñelo? ¿La ciencia? No le habéis visto hacer: luego el testimonio. Sois comerciante y queréis hacer algun contrato; necesitáis conocer el valor de las cosas, su escasez ó abundancia; tener seguridad de adquirir efectos legítimos y de que se os cumpla lo pactado: ¿qué apeláis, á la ciencia ó al testimonio? De esta suerte podria yo ir discurriendo, y no acabaria nunca; pero lo dicho basta para que vosotros, reflexionando atentamente sobre lo que os pasa y sobre lo que á todos sucede por lo común en el uso ordinario de la vida, quedéis persuadidos íntimamente de que, aun en el orden meramente natural y humano es imposible dar tres pasos en la carrera sin el apoyo del testimonio ajeno. ¿Ha béis visto dar las leyes? No. ¿Por qué pues las obedecéis? por el testimonio ajeno. ¿Habéis visto todos los sucesos que diariamente acontecen en vuestra patria? ¿habéis conocido y tratado personalmente á todos los hombres que figuran en la dilatada escala de los empleos civiles y militares? ¿habéis viajado por todo el territorio de vuestro pais y aun por todo el mundo? No. ¿Pues por qué habláis con tanta seguridad de guerras, de caudillos, de soberanos, de magistrados, tribunales y juicios? ¿porqué nombráis tantas personas desconocidas para vosotros y habláis de tantos lugares donde no habéis estado, pero con la seguridad de que existen? No por la ciencia; luego por el testimonio ajeno.

11. Síguese de aquí, amados hijos, que aun en el orden puramente natural y humano, no es la ciencia, sino la fe aunque humana, la norma común de las sociedades. ¿Qué juicio formar pues acerca de la fe humana ó sea del segundo aspecto bajo que conocemos la verdad? Que ella tiene una grande importancia en sí misma, y para la ciencia, y aun para la fe divina. La tiene, hijos míos, en sí misma, por el mayor número y extension de los objetos que abraza, puesto que, segun acabáis de ver, lo que se sabe de ciencia propia no es casi nada respecto de lo que se adquiere por el testimonio humano;

porque solo ella domina todos los tiempos, todo el espacio y todas las generaciones, en la verdad no pasa de tiempo á tiempo sino por el testimonio humano, no circula en toda la superficie de la tierra sino por el testimonio humano, no se trasmite de unas generaciones á otras sino por el testimonio humano. La tiene tambien para la ciencia, porque ¿qué cosa es la ciencia? el conocimiento de las cosas por sus causas. ¿Sobre qué descansa? sobre los hechos, pues primero es conocer y apreciar el hecho que analizarlo hasta convertirle en objeto de toda una ciencia. ¿Cuál es su punto de partida? los principios; ¿Con qué se prueban los principios que no pueden demostrarse á priori? entre otras cosas, con su antigüedad, perpetuidad y universalidad. La antigüedad pertenece al tiempo, la perpetuidad á la sucesion continua, la universalidad al número y por consiguiente á las generaciones y al espacio. Luego, siendo el testimonio humano el único testigo de la antigüedad, perpetuidad y universalidad, pues que domina el tiempo, el espacio y las generaciones, sirve á la ciencia comprobándola extrínsecamente la fuerza y el poder de primeros principios.

12. Hai más todavía, hijos míos: la ciencia tiene dos faces; conviene á saber: el aparato intelectual de sus demostraciones y el conjunto de sus resultados especulativos y prácticos. Bajo el primer aspecto retiene su nombre de *ciencia*, pues quien considera por sí mismo este aparato demostrativo, ve la demostracion, posee la verdad por ciencia propia. Considerada empero bajo la segunda, se transforma de ciencia en doctrina, pues que trasmite, vulgariza, y circula como verdades adquiridas las consecuencias del estudio, los resultados de la demostracion. Esto quiere decir que aun la misma ciencia, para penetrar en las masas y extender los conocimientos, procede, no demostrando pues esto es para pocos, sino enseñando, único medio de circular los conocimientos entre muchos. ¿Y qué necesita la ciencia para acreditar sus verdades entre la multitud? El concepto de quien las trasmite, ó el sentido comun que las recibe; pero ya éste y el otro presuponen el testimonio. Si yo creo un teorema de matemáticas por el concepto que me merece aquel de quien le oigo, la verdad matemática está en mi entendimiento bajo la forma de la fe. Si yo descanso en una verdad por ser de sentido comun, no puedo comprobarle tal motivo, si no es por el testimonio humano que, enseñándome lo que todos piensan, me demuestra que tal verdad está comunmente recibida. Mas no debemos parar aquí: el testimonio humano, que tanto sirve á la ciencia, como se ha visto, no es ménos importante para la fe divina.

13. Esta es la verdad revelada y el asenso á esta verdad. ¿Cómo trasmite Dios su verdad al hombre acerca del órden sobrenatural? por el órgano del hombre. Habló á los Patriarcas, y estos eran hombres; habló á Moyses, y Moyses era hombre; inspiró á los Profetas, y estos eran hombres: los Apóstoles que transmitieron la palabra de Dios, eran hombres; Jesucristo que autorizó á los Apóstoles, llenó la esperanza de los Patriarcas, dió su plenitud á la lei de Moyses y realizó los oráculos de los Profetas, es no solamente Dios, sino tambien Hombre. Pues bien: se necesita el testimonio humano para la revelacion divina, porque Dios la trasmite al hombre por el órgano del hombre. Hai sin embargo en esta comunicacion de verdad una prueba indispensable que hacer.

14. ¿Cómo persuadirnos de que la doctrina que nos comunica el hombre como reve-

lada por Dios, es en efecto una revelacion divina y no una invencion humana? Por la naturaleza de las obras que practica para acreditar su mision, y por los caracteres de la doctrina que enseña. ¿Cuáles son aquellas obras? Las profecías y los milagros. ¿Cómo comprueban una mision divina? porque solo Dios puede cambiar las leyes de la naturaleza, que es lo que constituye el milagro, y dar á conocer el porvenir, que es lo que constituye la profecía. Entónces creemos al que nos dice: "Lo que os enseño, Dios lo ha revelado por mi conducto á vosotros;" pues no podemos rehusar nuestro asenso á la vista de una ciencia que solo Dios posee, cual es la del porvenir, y de un poder que solo en Dios está, cual es el de suspender ó contrariar las leyes de la naturaleza. Pues bien: la profecía habla á los sentidos y se trasmite por el testimonio humano, ya en sí misma, ya en su cumplimiento. Si en el siglo XII hubiese dicho alguno "Cristobal Colon descubrirá un nuevo mundo, y Hernan Cortés hará la conquista de México," ¿oi tendríamos necesidad de acreditar con el testimonio de los hombres el anuncio, como sabemos por la historia el descubrimiento de las américas y la conquista de México. Mas, una vez cerciorados de estos dos hechos, muy naturales cada uno como lo véis, nuestra razon juzgaria de ambos, veria una profecía cumplida y sacaria por consecuencia la intervencion directa de la Divinidad. Pues bien, hijos míos, esto sucede precisamente con la religion. Todo en ella es histórico: la historia nos da el conocimiento de Moyses y lo que hizo para comprobar su mision; de los Profetas, de sus anuncios y del tiempo en que les hicieron; de Jesucristo, sus milagros, su doctrina, su vida y su muerte, y por consiguiente, de la plenitud de la lei y cumplimiento de las profecías. Examinando pues todos estos hechos, estudiando sus relaciones, vemos que los milagros fueron verdaderos milagros; que las profecías se cumplieron; que la doctrina tiene una perfeccion sobrehumana, y entónces decimos con toda seguridad: "existe una revelacion hecha por Dios á los hombres; esta es:" y cómo sabemos que Dios no puede engañarse ni engañarnos, creemos en esta palabra sin vacilar y con cuanta fuerza cabe en nuestro ser. Ahora bien: ¿quién nos ha trasmitido los hechos? el testimonio humano. ¿Quién ha calificado este testimonio y percibido clara y distintamente que hai una revelacion divina? La razon humana. ¿Cómo se llama la percepcion clara y distinta que tiene nuestra razon acerca de las cosas? *ciencia*. Luego el humano testimonio que sirve á la ciencia con sus hechos, con sus tradiciones y su poder expansivo, necesita de la ciencia misma para ser calificado, inspirar plena seguridad y producir la certidumbre. Luego la revelacion, divina fundada toda en hechos, necesita: en primer lugar, el testimonio humano que trasmite los hechos; en segundo, la razon humana con su ciencia que califique el testimonio, examine los hechos atestados y establezca como consecuencia infalible la divinidad de la revelacion. Ved pues, amados hijos, lo que es la tradicion humana para las ciencias, y ambas para la fe divina.

15. Procedamos, despues de lo dicho, á definir y calificar el asenso de nuestro entendimiento á la verdad bajo esta triple forma. En los tres casos nos adherimos fuertemente á la verdad ya sabida; pero la adhesion es diversa. Cuando se funda en la percepcion clara y distinta de la verdad en sí misma y por nosotros mismos, la vemos, digámoslo así, con los ojos del alma, lo mismo que un objeto exterior con los del cuerpo.

Cuando no percibimos por nosotros las cosas sino que las sabemos por la relacion agena, pero llegamos á persuadirnos de que tal relacion es verdadera y exacta, nos adherimos á lo que no vemos pero tenemos por cierto, y esta adhesión se llama *fe*. Fe por lo mismo es creer lo que no se ve; el asenso á la verdad que vemos por nosotros mismos, se llama *ciencia, evidencia, certidumbre*; el que damos á lo que no vemos pero tenemos por cierto, se llama *creencia*. Si el testimonio es humano, el mismo carácter tienen la fe y la creencia; si es divino, sucede lo mismo. *Fe humana* es creer lo que no vemos, porque lo dicen los hombres; *fe divina* es creer lo que no vemos, porque lo dice Dios.

16. La ciencia, evidencia, certidumbre, son cosas naturales, la fe humana es tambien una cosa natural; mas no sucede lo mismo con la fe divina, y esto merece una explicacion.

III.

17. La fe divina, hijos míos, es bajo todos aspectos una cosa sobrenatural, pues ya se considere como la verdad que se cree, ya como la creencia de esta verdad, no es natural sino sobrenatural en el hombre. Nuestro manual catecismo nos dice, definiéndola, que es *una luz ó conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone*. Si lo que creemos es lo que Dios dice, la fe considerada en su objeto, esto es, en la verdad revelada, es divina y no humana, sobrenatural y no natural, y por lo mismo no debe confundirse ni con la vista de la ciencia, ni con el asenso que prestamos al testimonio del hombre. Si la luz que nos manifiesta esta verdad es, como se ha dicho, sobrenatural, desde luego se comprende que nuestro asenso á la verdad revelada y nuestro conocimiento de ella no son cosas naturales, sino sobrenaturales. Esta palabra *creo* representa por lo mismo en el símbolo católico una cosa muy diversa de lo que significa, ya en la ciencia, ya en la historia. El creer viene á nosotros de Dios y no del hombre, no de la naturaleza, no del entendimiento con sus facultades; está palabra *creer* en el idioma de la religion, no es el pensar del alma, ni el sentir del juicio, ni el opinar del hombre, sino el ejercicio de una virtud divina que si Dios no nos la hubiese infundido, jamas la tendríamos; no nos la darian todas las ciencias con sus luces, toda la historia con sus noticias, ni todos los hombres con su experiencia y testimonio. La fuerza de esta palabra es tal, que no puede compararse con otra fuerza alguna. El asenso á la palabra de Dios es mas intenso, es mas firme, es mas sólido, es mas seguro que el que prestamos á nuestra ciencia propia y al testimonio humano: nos adherimos á las verdades reveladas con todas las fuerzas de la naturaleza y con todas las fuerzas de la gracia. ¿Por qué lo primero? Por la dedicacion de todas nuestras facultades intelectuales á las verdades de la fe: las creemos, las meditamos, las fundamos con nuestra reflexion, vivimos de ellas, por decirlo así: ademas, como las verdades de la fe se acreditan ante la razon con todas las luces de la evidencia, no intrínseca sino extrínseca, es decir: como la razon humana percibe clara y evidentemente que hai una revelacion divina y sabe del mismo modo cuál es, tiene acerca de este punto, es

decir, del hecho de haber hablado Dios, cuanta evidencia pudiera desear. Sabe tambien por sí misma que Dios existe, y alcanza que es un Ser sumamente perfecto, infinitamente veraz, que no puede engañarse ni engañarnos. Con estas dos luces, naturales y evidentes ambas, el asenso de la creencia tiene, como decia no ha mucho, todas las fuerzas de la naturaleza. Tiene tambien todo un poder sobrenatural. ¿En qué consiste? primero, en el poder supremo de la palabra divina sobre toda otra palabra; segundo, en la infinita supremacia de la ciencia divina sobre toda otra ciencia; tercero, en la infalibilidad del testimonio divino, que no puede compararse con ningun otro testimonio; cuarto, en la fuerza intrínseca de la virtud que se nos infunde para creer; quinto, en el incremento que por la gracia, correspondida de la naturaleza, recibe á cada paso y constantemente aquella santa virtud: incremento tan grande, añádos hijos, tan maravilloso, que Jesucristo Señor nuestro no dudó propieter á la gran fe los mayores portentos; y él mismo recompensaba con sus dones la fe de los que se le acercaban, ya dándoles la salud para sus deudos como al Centurion, ya curando á quien tocaba sus vestidos como á la muger que padecia el flujo de sangre, ya dispensando los bienes materiales como el vino milagroso que á la postre se sirvió en las bodas de Canáa, y los panes y peces multiplicados que alimentaron á la multitud en el desierto, ya trasformando los vasos de ignominia en vasos de eleccion, como sucedió con la Magdalena y con Pablo, ya otorgando el cielo á los criminales arrepentidos, como lo hizo con el buen Ladrón. Ved pues, todas las ventajas que lleva la fe divina sobre la fe y la ciencia humana, ya se considere su objeto, ya su origen, ya la fuerza del testimonio.

18. He concluido, amados hijos, esta undécima instruccion. Sabéis, aunque muy en general, lo que son, ya cada una de por sí, ya unas comparativamente con las otras, ya todas en sus relaciones con la vida comun y vocacion de la humanidad, la ciencia propia, la fe humana y la fe divina. Gran bien, por lo mismo, es el que ha hecho Dios á los hombres, dándoles á conocer su verdad inaccesible é infundiéndoles una virtud para creerla con tanta firmeza: incomparable dicha es la de un cristiano; pues para tener la fe se necesita estar marcado con este carácter, de que nos reviste Jesucristo Señor nuestro por el Santo Bautismo, en que se nos da el ser de gracia é infunden por el mismo Dios la fe, la esperanza y la caridad: virtudes divinas, cuyas obras se necesitan para servir á Dios como quiere que le sirvamos, y bastan para alcanzar nuestro fin último, que es verle y gozarle por toda la eternidad.